

PRÓLOGO

FEBRERO DE 920

—Desátalo y arrójalo al río. Después...

Hernán no pudo escuchar el resto de las órdenes.

Su mente se negaba a aceptar más sufrimiento del que su cuerpo albergaba. La piel era una auténtica pira por cuyos poros exudaba puro fuego. La carne le escocía. La humedad provocada por la sangre derramada le mantenía la ropa pegada. No lograba sentir los brazos, ni las piernas, y el dolor que le aporreaba era tan inaguantable que ni siquiera pudo gritar para alejarlo de él.

Aunque hacerlo hubiera equivalido a rendirse. Y no había llegado hasta donde estaba para entregarse de ese modo tan humillante.

Luchó contra la inconsciencia pese a estar agotado. Consumido. Sin orgullo. Aun así, quiso oponer resistencia cuando sus brazos quedaron libres, pero no le respondieron. Tampoco los pies, cuando intentó clavarlos en la tierra resistiéndose a ser arrastrado por alguien que tenía más fuerza que él.

No era su verdugo quien lo hacía, se recordó con un amago de esperanza, mientras la oscuridad era reemplazada por un pequeño atisbo de luz que penetraba a través de sus párpados cerrados y sus fosas nasales captaban un aire más puro y menos putrefacto que el que llevaba días soportando. Aquel hombre no olía como él. Su ritmo de respiración tampoco era el mismo. Incluso creyó escuchar una sarta de insultos susurrados con prudencia que, en otras circunstancias, le hubieran hecho sonreír.

Pero no ahora. Ahora, mientras se dejaba elevar hasta el borde de lo que supuso que sería un pequeño muro de piedra, solo podía pensar en lo que sucedería a continuación.

En la promesa incumplida a Munia.

En lo que sería de ella. De todos ellos, si él fracasaba.

Y no podía permitirse el lujo de fracasar. Ninguno podía.

—No... —masculló, a pesar de que aquella simple palabra le produjo un dolor punzante y agudo en sus labios partidos.

Se sacudió mínimamente, aunque pareció suficiente para que el guerrero que lo sujetaba titubeara.

No lo vio; no podía abrir los ojos. Pero lo sintió en su jadeo involuntario. En las manos que lo agarraban, y que aflojaron la presión.

Aquella era su primera oportunidad de salvarse. Incluso podría ser la última.

—Déjame... vivir...

Intentó mover los párpados, pero solo consiguió ver una sombra grande cerniéndose sobre él. Un poco más, para discernir una cabellera pelirroja y un rostro demasiado joven para lo que se le encomendaba.

El esfuerzo empleado fue titánico, y le pasó factura.

La agonía regresó con más virulencia. El dolor agudo del hombro descolocado se multiplicó por mil. Estuvo tentado de dejar incluso de respirar, pero se recordó a sí mismo quién era. Lo que era. Y lo que podría llegar a ser si se mantenía con vida.

—Lo siento, mi señor —le pareció que decía el guerrero—. Debo hacerlo...

Lo cogió por las axilas, mientras otra persona hacía lo propio con los pies. Lo siguiente que notó fue una extraña sensación de ingravidez, seguida del impacto al chocar contra el agua. Fría. Arremolinándose a su alrededor dispuesta a tragárselo.

La sensación pareció hacerlo revivir de repente. Como si sus miembros se librasen del sufrimiento atroz al que había sido sometido durante un tiempo indeterminado, adquirieron movilidad suficiente para poder salir a la superficie.

Emitió un gruñido sordo de supervivencia, de rebeldía contra el mundo y contra el destino, y braceó con furia contra la corriente, antes de verse de nuevo arrastrado por ella.

Sus pulmones se llenaron de agua. Solo pudo tomar un par de bocanadas de aire que no reemplazaron a las agujas que empezaron a clavarse en su pecho a medida que las fuerzas lo abandonaban.

Lo intentó de nuevo. Se olvidó del sufrimiento infligido, de las heridas abiertas, de la debilidad opresiva que casi le impedía respirar, y se concentró en ella.

En Munia. En su amor. En su destino.

Abrió los ojos cuando notó en su cara los tibios rayos de sol y casi los recibió con una sonrisa de alivio. La fugaz sensación de calidez le sirvió para moverse un poco más.

Nadó. Se mantuvo a flote. Tosió para expulsar el agua y abrió la boca para albergar en ella todo el aire posible. Munia. Munia, Munia.

Tenía que vivir. Tenía que regresar. Por ella. Para ella.

Por una promesa que valía más de una vida.

Se negó a sí mismo la posibilidad de claudicar. El Lobo Gris no podía terminar reducido a un trozo de carne perdida en el fondo de un río, pero un nuevo golpe de la corriente lo impulsó hacia abajo, como si un enorme remolino lo mantuviera sujeto a las profundidades.

El frío pronto se incrustó en sus huesos a través de sus maltrechos músculos. Pese a que siguió debatiéndose, un progresivo entumecimiento le impidió seguir luchando.

Gritó bajo el agua, pero solo consiguió que sus pulmones se encharcaran todavía más, aumentando la quemazón. La sensación de abandono.

Y se rindió a la evidencia.

Iba a morir.

Poco a poco, notó cómo su mente se desprendía de su cuerpo. Terminó viéndose a sí mismo flotando en el río, rodeado de sombras fantasmagóricas e indefnidas que oscilaban a su alrededor, dudando entre llevarlo con ellas o dejarlo allí. Para siempre.

Pero el dolor había cesado. Ya no sentía la sangre escapándose para arrebatarse la vida, ni los cuchillos de hielo atravesándole el pecho como si lo partieran en dos. Incluso la piel había dejado de quemarle, volviéndose cada vez más insensible.

Ahora solo albergaba la herida de la soledad. Del hombre apenado que debe abandonar a los suyos. Del guerrero vencido.

Vio un fogonazo potente e intenso que parecía llamarlo. Lleno de una repentina paz, caminó hacia allí. Su Dios se apiadaría de él. Por eso rogó por Munia. Por que hubiera alcanzado su objetivo. Por su valle, por su gente. Por todo aquello que se había convertido en la piedra angular de su vida, y que tendría que seguir sin él.

Por el amor que nunca creyó sentir, y que ahora lo desgarraba por dentro en su agonía.

—Munia... —murmuró sin fuerzas, dejando de moverse al fin—. Munia, perdóname...

Vislumbró su rostro dulce. Sus labios rojos sonreían con amor mientras ella asentía, comprendiendo.

Hernán elevó una mano hasta sentir en los dedos el tacto sedoso de los mechones negros, y exhaló su último aliento en la seguridad de que, al menos, moriría feliz.

PRIMERA PARTE

«Protege a tu familia.
Honra a los más ancianos.
Enseña a los más jóvenes»

1

VENTOSA, ACTUAL BENAVENTE, ZAMORA

FEBRERO DE 920. UN AÑO ANTES

Las siluetas de los tres notables se perdieron en el ocaso de la tarde fría y solitaria.

Los ojos acuosos de Fadrique de Segura no se despegaron de ellas hasta que no fueron más que un punto en la lejanía, apartados del bosque desnudo desde el que se aseguraba de que, efectivamente, partían tan de incógnito como habían llegado.

Era prioridad absoluta que nadie supiera de su presencia.

Nuño Fernández, Aboldomar Albo y Fernando Ansúrez. Tres condes castellanos que acababan de vender su alma al diablo.

Los acuerdos verbales a los que habían llegado en aquella reunión tenían un marcado carácter político: un pacto. Un salvoconducto. Un indicio de sedición que enturbiaría los nobles propósitos del rey Ordoño en su lucha contra el enemigo infiel.

A pesar de su ambición desmedida, Fadrique no pudo evitar lamentarse por la situación. Se había encontrado con unos condes furiosos, después de saber que Ordoño cedería al rey navarro Sancho Garcés las tierras riojanas arrebatadas a los musulmanes, en detrimento de sus privilegios. Esa chispa había encendido el fuego de la indignación castellana. Pero gracias a su experiencia en cuestiones diplomáticas se habían ido mucho más satisfechos. Casi tanto como lo estaba él.

Su alianza le permitiría acceder a los dominios de Hernán Téllez de Medina, el famoso Lobo Gris, y sobrellevar mejor la muerte de su dulce hija Mencía.

Plantado en aquella pequeña explanada en mitad del bosque desnudo, contempló el paisaje desolado del invierno que se le ofrecía. Frente a él se alzaba la fortaleza que le había sido legada por medio de una Carta Puebla, en pago por los años pasados como instructor de Ramiro, el primogénito del rey. Puesto que una herida mal curada en su pierna derecha le hacía inservible para el ejército, Ramiro había intercedido por él hasta conseguir aquella plaza.

La construcción poseía unas exiguas mazmorras a las que les había sacado el máximo partido. En ellas, el placer más intenso se había mezclado con el dolor más profundo para proporcionarle un grado de éxtasis imposible de alcanzar en el lecho conyugal.

Tras esos gruesos muros, su primera mujer le había dado a Mencía y dos saludables hijos varones cuyas vidas se llevó la guerra. Se volvió a casar, pero su segunda esposa, mucho más joven que él, resultó ser una perra traicionera de la que prefería no acordarse. Aunque la pérdida de esa esposa resultó poco menos que insignificante para él, la de Mencía aún le rasgaba el alma, porque le había burlado para quitarse la vida, cometiendo un pecado tan grave que no podría descansar jamás junto a los suyos.

Un lejano chasquido le hizo volver la cabeza. Un leve susurro. Un silbido semejante a un aleteo que removió sus cabellos grises haciendo que se estremeciera.

Fadrique dio una vuelta sobre sí mismo. Llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero no la desenvainó. Sabía que era Mencía. La percibió por primera vez la noche después de su entierro, entre los crujidos y ruidos nocturnos que poblaban sus aposentos. Vio su alma y escuchó sus lamentos acusadores en medio del crepitar del fuego que caldeaba la estancia, como un ángel vengador.

En cierto modo, lo esperaba, aunque jamás diría una palabra a nadie. Era su secreto. Su castigo. Los dedos helados que lo estrangulaban cuando, en la soledad del lecho, se retorció sudoroso, presa de horribles pesadillas en las que Mencía resurgía de entre los muertos para señalarlo. Entonces se despertaba gritando, tembloroso y febril, para susurrar la palabra «perdón».

Con ojos muy abiertos, observó las ramas desnudas de los árboles que le rodeaban. Se mezclaban con las sombras del anochecer, inmóviles y amenazantes. Cómplices de un silencio ya conocido, al igual que su vacío.

Con una triste sonrisa que le confería algo de humanidad a su habitual gesto duro y frío, Fadrique miró hacia el montículo de tierra que pisaba.

Allí estaba Mencía. Todo su legado se había ido con ella.

Ocurrió una mañana de enero parecida a la que acababa de pasar, después de que ella lo sorprendiera. Jamás lo olvidaría, porque las últimas palabras de su hija lo condenaron a muerte:

—¡Monstruo vil y cobarde! ¡Sobre ti recaerán todas mis maldiciones! ¡Que mi muerte sirva para purgar todos tus pecados!

A continuación, se degolló en medio del patio de armas, ante todo el que quisiera contemplarlo.

Fadrique se inclinó sobre el montículo y tomó un puñado de tierra en la mano.

—¿Por qué? —murmuró con rencor—. ¡No tenías necesidad de esto, maldita seas! ¡Tu descubrimiento no fue tan deshonoroso como para tapar tu vergüenza a costa de la mía! ¡Me desobedeciste! ¡Me humillaste, en vez de aceptar tu casamiento con Hernán Téllez de Medina!

Un ligero soplo de viento helado pareció susurrarle al oído todas sus faltas. Fadrique se ajustó la capa de piel y lanzó furtivas miradas a su alrededor. La maldad siempre se había anudado en su alma como si fuera una sanguijuela. No recordaba haber sido nunca compasivo, ni generoso o débil. Su origen humilde no le dio tregua. Había pasado hambre, frío y dolor por los castigos infligidos, pero eso había fortalecido un espíritu insensible y vengativo.

—El arreglo de tu casamiento con Hernán era un buen negocio para todos —apreció con contundencia, sentándose junto a la tumba—. Ordoño se aseguraba mi fidelidad y yo, el señorío de Laciana a través de ti y tus descendientes. ¿Crees que haciendo esto me alejas de ese señorío? ¡En absoluto!

Con un grito de furia e impotencia se puso de pie. Pateó el montículo de tierra helada, pero un siseo insistente que surgió de la penumbra se enroscó alrededor de su cuello hasta obligarlo a sentarse.

—Mi alma esconde secretos tan abominables que asustarían al mismísimo demonio. ¡Nunca tuviste mi permiso para verlos! He bailado sobre la sangre de mi enemigo. Me he postrado ante un rey inconstante solo para conseguir la seguridad de una fortaleza protegida... ¡Y tú me lo pagaste así! —Con un alarido rabioso, golpeó la tumba con los puños—. Pero ya no importa. Ahora, la fortuna se alía conmigo para conseguir lo que ansío por otros medios. Hernán regresa a Laciana bajo el beneplácito del rey. Se casa con Munia Íñiguez de Montoya. Un triste destino para esa doncella, aunque su madre no opinará lo mismo. —Sonrió al pensar en Urrica. No tendría dificultades en hacerle llegar sus planes—. El Lobo Gris estará muy ocupado con su esposa. Ordoño le otorga varias jornadas porque cuenta con el apoyo de los condes castellanos. Pero ellos me han pedido colaboración a la hora de dejarlo aún más solo frente al ejército infiel... Y yo se la he dado. —Pasó la mano por la tierra apelmazada como si en realidad estuviera acariciando la mejilla joven y tersa de su hija. Pero una fugaz sensación de que era observado le alertó. Retrocedió intimidado y desenvainó la espada, escudriñando los alrededores. El paisaje había cambiado. Las ramas se asemejaban a manos huesudas que dirigían sus tétricas formas hacia él. Allí, la presencia etérea de Mencía era mucho más tangible. Se dobló en dos cuando sintió el fuego colérico de su hija cerca de la cara. Entremezclado con el sudor del miedo como una bofetada—. Mencía, ¡debes escucharme! Yo no formaré parte de la sedición, pero ganaré Laciana.

Levantó los ojos, esperando ver aquellos dedos neblinosos y húmedos que siempre lo rodeaban, deslizándose por su conciencia para atrapar sus entrañas y retorcerlas; no los encontró.

A su alrededor, el viento helado desapareció.

Mencía se había calmado.

—Ellos caerán —prosiguió, señalando hacia el lugar de donde los condes castellanos habían partido—. Y yo apareceré como el salvador de la causa cristiana. Todo lo que anhele será mío. Todo.

«Menos la redención eterna».

Un sonido de pisadas lo hizo volverse con la espada en alto, para terminar soltando el aire con alivio.

Solo era un joven siervo parado delante de él, cabizbajo y dócil.

Lo examinó con minuciosidad. Y de pronto, una luz se hizo en su oscuridad.

No recordaba su nombre, pero sí su procedencia.

Un regalo, cuando el siervo solo era un niño escuálido que lloró la separación del resto de su familia.

Ahora también lo haría.

¿Quién le iba a decir que su intervención sería decisiva? Con solo ver cómo esperaba órdenes, algo comenzó a madurar en su mente. La pieza que le faltaba en el plan que había comenzado con la visita de los condes acababa de presentársele sin previo aviso.

Cumpliría sus expectativas, y después le serviría de todas las formas posibles.

Apreció la mata de pelo negro sucio y revuelto sobre una cara de rasgos dulces y sumisos que le hicieron olvidar todo propósito de enmienda, si alguna vez lo había tenido. Sus instintos más bajos despertaron para acallar los

gritos que todavía le retumbaban dentro del cráneo. A pesar de la capa de mugre y harapos que cubrían al siervo, Fadrique paladeó su belleza.

—Mi señor, la comida de la noche os espera.

—Vamos, pues. —Sus ojos oscuros tomaron el brillo de la lujuria incontenible. Arrastrando su pierna inútil, envainó la espada y montó en su enorme caballo—. Cuando lleguemos, déjame solo y aséate —ordenó, lanzando una última mirada admirativa por encima del hombro—. Luego ve a verme a la sala.

El siervo había cumplido las órdenes con la diligencia y la meticulosidad que daban el temor reverencial al señor.

Eso fue lo primero que pensó Fadrique cuando las antorchas sujetas a la pared de piedra arrojaron sus sombras fantasmagóricas sobre el cuerpo joven que avanzó sumiso ante él.

Le hizo un examen visual rápido y satisfactorio. El muchacho se había lavado la cara. Aunque seguía vistiendo harapos, aquello era mejor que nada.

De dos zancadas abandonó el calor del fuego y se acercó a él. Tomó un mechón negro entre sus dedos y lo olió con satisfacción.

—Obediente —apreció, llevándolo hacia la mesa. Con él desahogaría su frustración, su alegría y su incertidumbre ante los próximos acontecimientos. Mencía se le presentaría entre sueños mucho más tarde para recriminárselo, pero merecía la pena correr el riesgo—. Si te portas bien podrás vestir mucho mejor, comerás caliente y tendrás un jergón confortable para dormir. ¿Te gustaría?

—Sí, mi señor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, desprendiéndose de su pesada espada delante de los ojos del chico.

—Sancho, mi señor.

—Nombre de rey y cuerpo de guerrero. ¿Qué edad tienes?

—Quince veranos, mi señor.

Había acertado en la elección. Cada vez gustaba de siervos más jóvenes. Por regla general llevaba a cabo sus actos en una de las mazmorras de la fortaleza, preparada para tal fin con toda clase de artilugios, más adecuados para una tortura larga y provechosa que para la consecución del máximo placer carnal. Pero esa noche prefirió consumir sus pasiones en plena sala, con la puerta firmemente cerrada para asegurarse intimidad.

—Bien, bien... —murmuró con gesto calculador, tan cerca del muchacho que este tembló.

Fadrique reprimió un grito de gusto. La edad perfecta. La condición perfecta. La complexión perfecta. No era tan joven como para no poder repetir con él cuando se le antojara, el miedo a las represalias le impediría luchar con la fuerza que se adivinaba de ese cuerpo joven y viril y su elasticidad seguro que se extendía a cualquier parte que él quisiera tocar. Disfrutar.

La mera idea lo hizo ponerse tan duro como una piedra y acicateó su deseo, hasta que ya no pudo ser comedido ni considerado con el ser manso e inútil que tenía delante.

—Una última pregunta, Sancho. —Con un repentino movimiento, arrojó al muchacho de bruces contra la superficie de la mesa. La leve resistencia que ofreció fue sofocada con una mano en su nuca y la otra rasgándole las calzas raídas. Sancho pateó para intentar librarse, pero Fadrique metió su muslo entre los de él para terminar de inmovilizarlo—. ¿Eres virgen?

De una sola estocada, entró en él.

Recibió la respuesta que esperaba. Sancho gritó con todas sus fuerzas. Fue un sonido medio grave, medio agudo. Fadrique comenzó a moverse sabiendo que causaba dolor mientras, en su mano, la virilidad de Sancho se agrandaba y endurecía.

Por supuesto, era una respuesta meramente física. El siervo estaba siendo forzado y se resistía. Bajo su cuerpo, se agitaba como un pez moribundo. Clavó los dedos en el borde de la mesa e intentó levantarse, pero la mano de Fadrique en su nuca lo mantenía pegado a la superficie de madera.

—Eso es. Lucha. Oh, Santísimo Dios... ¡Revuélvete!

Cabía esperar que no le obedeciera, como así fue. Ni siquiera cuando acercó su boca a aquella mejilla tan joven empapada por las lágrimas.

—Vamos, Sancho. Puedes hacerlo mejor, ¿verdad?

No esperó su respuesta y se concentró en alcanzar el ansiado clímax. Un instante antes de llegar a él, se irguió y rugió su descarga.

Después, se desplomó sobre él para recuperar las fuerzas.

A esas alturas, el siervo ya había dejado de luchar, de gritar e incluso de maldecir. Tendido sobre la mesa, lloriqueaba como un niño de pecho en medio de quedos lamentos.

A pesar del acto sublime que acababa de realizar, Fadrique sintió asco de sí mismo, de la naturaleza vil que lo había privado de los gustos de cualquier hombre para sustituirlos por aquellas inclinaciones inconfesables y peligrosas. Sintió cómo su alma se perdía en las llamas del infierno un poco más, pero solo fue un instante.

—Me servirás tantas veces como yo decida y en lo que yo desee, bien en el lecho o fuera de él.

—¡No creo poder servirlos en nada más, mi señor!

Fadrique alzó las cejas al apreciar la rabia contenida del chico. Bueno. A veces una sola vez no era suficiente para destruir voluntades rebeldes.

—Eres más valioso de lo que piensas. En realidad, si yo lo hubiera averiguado antes, tu destino se habría adelantado. Soy un hombre que cumple su palabra; tendrás tu recompensa por el placer que me has proporcionado. Esta noche comerás y dormirás caliente, después de limpiar todo ese desastre —le susurró pegado a su oreja—. No te preocupes, muchacho. El dolor desaparecerá. Terminarás por acostumbrarte... Incluso acabará gustándote.

Un nuevo cargamento de llantos impotentes e iracundos lo hizo sonreír con expresión de triunfo.

En varios días partiría hacia los dominios del rey Ordoño con buena parte de sus huestes para asegurarle su vasallaje.

Aunque por el camino buscaría lealtades.

2

MONASTERIO DE SAN MARTÍN DE CASTAÑEDA

Hernán Téllez de Medina quería tener descendencia.

Y para tan noble propósito, la había elegido a ella.

Desde el pasillo que rodeaba el claustro del monasterio, Munia espío al alto guerrero que esperaba en mitad del patio, flanqueado por al menos media docena de hombres que disponían todo para su inminente viaje. Al parecer no era la única que lo hacía. Junto a su hombro sintió el tibio aliento de Inés, la muchacha que la acompañaba desde que ella y su madre Urrica habían sido confiadas a la paz de aquel lugar por orden del rey, en común acuerdo con Hernán.

El monasterio estaba situado en un idílico paraje, en la cima de un monte desde el cual se podía divisar buena parte de la comarca y la totalidad del lago cuya pesquería les surtía de sustento, a ellas y al resto de la comunidad. Le llevó su tiempo acostumbrarse a la serenidad, a la dureza del trabajo y a la disciplina de la vida monacal. También había terminado por agradecer la seguridad que los monjes les brindaban, pero ahora su vida cambiaría de la manera más cruel, y para siempre.

Ahora comprendía por qué su enemigo y carcelero había decidido relegarla a aquel rincón. Esperaba su oportunidad.

Y esta había llegado.

La voz autoritaria del notable se vio amortiguada por la cota de malla cubriendo su barbilla. Bajo sus órdenes, los hombres llenaban un pequeño carro con víveres para el camino y mantas para pasar la única noche que la separaba de su destino. Las armas eran abandonadas en un rincón, junto al estandarte de la casa de Medina, de un verde muy vivo, tachonado con diminutas cruces amarillas en cada una de sus esquinas.

Munia no podía ver su rostro; tampoco lo hubiera necesitado para describirlo al detalle.

—No parece tan temible, mi señora.

—Las apariencias engañan.

Y de eso sabía mucho. La doncella que la miraba con toda la inocencia del mundo era tan alta como ella, pero con unas curvas menos contundentes, más gráciles. Su cabello castaño aparecía pulcramente recogido en una trenza, aunque algunos rizos se escapaban de forma rebelde.

Dos años. Ese era el tiempo transcurrido desde la muerte de su hermano Odón, hasta ese mismo momento. Y en su transcurso, Munia había aprendido a soportar su ausencia en compañía de Inés. Había aprendido a confiar en ella, en detrimento de su madre Urrica. A apartar las dudas que surgían cuando pensaba en las causas de un encierro tan largo. A controlar sus accesos de odio cuando los recuerdos acudían a ella, hasta el punto de casi olvidarse del hombre que había ocasionado su desgracia, alargándola con aquel retiro en el monasterio al que al fin le daba una utilidad.

Urrica le había informado del hecho hacía unas pocas jornadas, con la indiferencia de quien entrega una res al sacrificio. No obstante, ella estaba convencida de que estaba ansiosa por que el casamiento se produjera. Demasiado.

Sobre todo, después de cierta visita que la alteró hasta el punto de mostrarse afable con ella.

Algo tan extraño en Urrica como encontrar una rosa sin espinas.

Munia estaba nerviosa. Se lo había confesado a Inés mientras esta se dedicaba, por acuerdo tácito, a cuidar de su persona.

Recordaba a Odón. Su extraña manera de mantenerla alejada de toda persona que no fuera él mismo.

En esos momentos, lo hubiera agradecido, pero Odón ya no estaba. Había muerto en un juicio por combate que reveló todas sus maldades y lo condenó ante el rey y ante Dios. A manos del que hoy aspiraba a convertirse en su esposo.

Munia tembló al recordarlo. Como aquel día, se sentía hechizada por la presencia de Hernán de Medina, aun en contra de su voluntad. Como aquel día, esperaba el momento en el que los ojos claros, sedientos de sangre y de codicia, se posaran en ella, feroces como los de una bestia reclamando su presa.

Aquel día, con el cuerpo ensangrentado de su hermano entre ellos, Hernán le dijo que la ambicionaba y que la tendría tan solo con una fulminante mirada, un grito de guerra y un movimiento posesivo de su espada dirigido a ella.

Ahora sabía que tendría que casarse con él.

¡No, no lo haría! ¡Era demasiado intolerable! Se rebelaría. Lucharía con uñas y dientes para no terminar cumpliendo los designios reales.

Mareada, se apoyó en uno de los pilares del claustro para recuperar el aliento.

—Creedme si os digo que hay destinos peores que el que os han reservado, mi señora. —Por un momento, el habitual desparpajo de Inés se apagó. Una sombra oscura atravesó sus ojos. Munia recordó que, pese a coincidir con ella en el monasterio, apenas sabía nada de su vida anterior—. Aquí hemos trabajado como si vuestra ascendencia noble no contara, pero lo cierto es que cuenta. Y en esta ocasión, para bien. Pensad en lo que ocurriría si vos y vuestra madre tuvierais que vagar por los caminos. Solas, a merced de cualquier ladrón desaprensivo que se aprovechara de vuestra virtud. Exponiéndoos a toparos con cualquier cuadrilla de sarracenos sedientos de sangre...

—Basta. Ya me hago a la idea. Aun así... ¡No puedo casarme con él!

—Mi señora, sois más fuerte de lo que creéis. —La muchacha le tomó las manos hasta conseguir que Munia levantara la cabeza—. ¿Os acordáis de lo que me contasteis acerca de vuestra madre?

—Sí. Te dije que siempre había sido dura e inflexible conmigo, al igual que comprensiva y atenta con Odón, pese a que no le unía a él ningún lazo de sangre. —Munia se frotó el brazo derecho como si así lo recordara mejor—. A menudo era castigada con dureza sin razón aparente; hubiera terminado muerta, de no ser por la intervención de mi hermanastro.

—Y sobrevivisteis, lo cual me da la razón —afirmó Inés, señalando sin recato hacia la estrecha ventana—. Se dicen de él muchas cosas, aunque dudo que todas sean ciertas. La doncella destinada a ser su esposa prefirió quitarse la vida a caer en sus manos. En el campo de batalla es implacable, cruel e inhumano, incluso cuando sus víctimas son infieles que merecen el tormento eterno, aunque actúa con sus hombres en perfecta sincronía, como si la guerra fuera una cacería organizada por él para rentabilizar los resultados al máximo. ¿Sabéis que su apodo se lo ganó en una de esas batallas? Se cuenta que un sarraceno logró desarmarlo, pero, cuando creyó que lo tenía a su merced, don Hernán se transformó en un lobo auténtico. Con sus colmillos le lanzó una dentellada directa al cuello, como si estuviera sediento de sangre.

—Te lo ruego, Inés, no seas tan generosa con los detalles. —Munia controló un escalofrío al pensar en que pronto sería la esposa de semejante animal transformado en leyenda—. Está tan convencido de su poder como el enemigo. Por eso quiere casarse conmigo. De lo que ocurrirá después tampoco tengo muchas dudas. Solo hay que observar el apareamiento de los animales para echarme a temblar.

—¿Estáis segura de que es de miedo?

—¡Inés! ¡Estamos en la casa de Dios!

—Que queráis comportaros como una esposa complaciente no desagradará a Dios.

Munia suspiró. Esas eran las palabras que había utilizado Urrica desde que supieron de su casamiento. Hablaba del hecho como una obligación necesaria para el apareamiento que conllevaría la procreación. Y Munia, en cierto sentido, se lo había agradecido. Sabía que podría haber algo más que el simple acto. Pero ese «algo más» no estaba destinado a su esposo.

Era especial, único. Y ningún hombre accedería a él.

—De todos modos, lo que yo veo ahí fuera tiene poca relación con los caballos o los carneros del monasterio, aunque puede compararse a un semental, mi señora. —El comentario de Inés le arrancó una sonrisa. Cuando estaban solas, no tenían inconveniente en mostrar su mutuo atrevimiento. La doncella contaba dieciocho otoños, uno más que ella. Pero la misma ignorancia acerca de ciertos temas que habían terminado por idealizar. Ahora, a escasos metros del hombre que la desposaría, el amor le parecía tan inexistente como inalcanzable—. ¿Lo habéis visto bien? Sobrepasa en dos palmos al más alto de los guerreros. Sus músculos aparentan ser tan duros que no me extrañaría ver cómo rasga la cota de malla al moverse. Sus pasos no vacilan y tiene una voz profunda y varonil. No parece tan temible. ¡Ay, quién pudiera ocupar vuestro lugar!

—¡Calla, desvergonzada! —Pero sus ojos se fueron a la imponente figura que, en ese preciso instante, dirigió su atención hacia ellas. Se apresuraron a ocultarse riendo como dos chiquillas traviesas—. Eso es precisamente lo que me preocupa, Inés. Cuando pienso en lo ocurrido con Odón, no puedo olvidar que su verdugo es... hermoso —se lamentó, ahogándose con sus propias palabras—. Me aterra que no me deje indiferente.

—¿Os gusta?

—¡No! Me inspira un rechazo profundo y muy peligroso. Estoy lejos de la indiferencia, pero también del amor —farfulló, recorriendo el reducido espacio del pasillo con pequeños pero enérgicos pasos para disimular su nerviosismo—. ¡No creo que pueda tolerar su presencia en cualquier sala atestada de gente, mucho menos en...!

Terminó la frase con un gruñido iracundo. Había recibido la contundencia de aquella mirada una sola vez, con un temor oscuro y primitivo. Sabía que cuando la situación se repitiera podría flaquear.

Y ese era un lujo que no se permitiría con el Lobo Gris.

Debía intentar quedarse. Suplicar clemencia al abad del monasterio, e incluso a su inflexible madre. Contra todo pronóstico, esta se había mostrado muy favorable a su casamiento con Hernán.

Para Munia, las razones estaban claras. Urrica era ambiciosa. Sin escrúpulos. Había utilizado a Odón para sus oscuros fines y, puesto que este estaba muerto, ahora era su turno.

—Al parecer el actual conde de Trabada y su esposa, doña Jimena, acudirán a Laciana para el enlace. Yo os acompañaré en el viaje y vuestra madre también —trató de animarla Inés, cuando vio cómo Munia retrocedía—. Si tenéis alguna duda acerca del casamiento ella puede aconsejaros el mejor camino a tomar.

—No carezco de experiencia —sonó una voz a su espalda.

Ella dio un respingo al notar la mano de Urrica en torno a su hombro, como una fría garra que la aprisionaba. Cuando se volvió, le pareció verse a sí misma dentro de mucho tiempo. Y eso la asustó casi tanto como la perspectiva de su casamiento.

—¡No quiero casarme, madre! —Munia retrocedió temblando, pese a que su madre la envolvió en una capa. El vientre se le había paralizado por el terror de verse en las manos de aquel gigante que impartía órdenes sin la más mínima duda—. ¡No quiero hacerlo con el asesino de mi hermano, por mucho que a ti te resulte indiferente!

—A su debido momento sabrás lo indiferente que puede resultarme la muerte de Odón, pero no ahora. Eres muy hermosa, Munia —apreció, haciendo un lento recorrido por el cuerpo esbelto, alto y lleno de curvas—. Posees las cualidades necesarias para parir hijos fuertes y sanos. Solo tienes un defecto, y es tu lengua. En cuanto logres dominarla, serás la esposa perfecta.

—No cuentas con que no quiera hacerlo.

—Será tu esposo quien lo logre. Pero por el momento, los hombres esperan junto al abad. —Con un ramalazo de pánico, Munia comprobó que el líder del grupo de guerreros ya no estaba en el patio—. Quieren conocerte antes de emprender el viaje.

Urrica pareció satisfecha por su mutismo. Se apartó para permitir que las doncellas salieran al exterior, pero cuando ella pasó por su lado, la agarró del brazo y se acercó a su oído.

—Recuerda mis instrucciones —le susurró—. El mayor poder de una mujer reside en el lecho compartido con su esposo. Muéstrate complaciente y los herederos llegarán. Esmérate en darle lo que pida, y tendrás al gran Lobo Gris rendido a tus pies.

Munia no quiso seguir escuchando. De un tirón liberó su brazo y procuró caminar con toda la dignidad posible para evitar derrumbarse cuando estuviera delante de él.

La sala privada del abad permanecía en una agradable penumbra que no le impidió ver las dos altas figuras que, de espaldas a ella, parecían calentarse las manos sobre el fuego de la chimenea.

El sol reinante caldeaba la temperatura exterior, pero Munia sintió un súbito escalofrío cuando Martino, el abad, se dirigió a ella con la mano extendida, dispuesto a darle una acogedora bienvenida.

—¡Ah, ya habéis llegado! —exclamó—. Los hombres que han de escoltarte hasta Laciana querían cruzar antes unas palabras contigo.

Ella clavó los ojos en el suelo y se acercó arrastrando los pies. Tenía miedo, no solo al hombre que eclipsaba la luz de las llamas de la chimenea con su estatura, sino también a sí misma. No estaba muy segura de poderse contener cuando viera de cerca su rostro.

—Al fin nos conocemos... Soy Rodrigo Téllez de Medina, y él mi hermano pequeño Nuño. Ambos te llevaremos junto al señor de Laciana.

Munia levantó la cabeza con tanto ímpetu que estuvo a punto de caer de espaldas.

Había oído bien, no había duda alguna. Y ahora también veía mucho mejor. La corpulencia del tal Rodrigo era pareja a la de Hernán. De lejos, incluso sus movimientos se parecían. Y el color de sus ojos... No, estos eran azules, más cálidos y amigables que los del Lobo Gris, aunque su cabello poseyera el mismo tono trigueño e incluso la misma longitud que ella recordaba.

Costaba trabajo creer que era hermano del otro hombre que lo acompañaba. Aparte de la sonrisa, tan parecida, nada más los unía. Nuño tenía una tez oscura y barbuda, igual que sus ojos o su cabello crespo y enmarañado.

Munia no supo si sentir alivio al no tener que verse cara a cara con Hernán o miedo por lo que aquella inesperada situación podía depararle. Parecían amigables desde su posición de altura. Quizá también fueran clementes, se dijo, mientras se armaba de valor para sacar un arsenal de excusas que despertaran su compasión.

—Mi madre Urrica y mi doncella Inés vendrán conmigo —señaló con voz suave.

—Estamos enterados. —Los ojos de Rodrigo se entrecerraron con interés cuando tomó la mano de Inés para llevársela a los labios. Lo mismo ocurrió con los de Nuño—. Vamos a pasar juntos varias horas, damisela. Conviene que todos sepamos cuál es el lugar de cada uno. Tanto nosotros como mis guerreros estamos a vuestros pies.

—Intuyo que nuestros pies, al igual que el resto, estarán seguros con vosotros —aduló Munia, con una tímida sonrisa—. Lamentablemente no puedo decir lo mismo de aquel que ha preferido enviaros para reclamar su botín.

—¿Te consideras un botín? —preguntó Rodrigo, vaciando un vaso de vino de un trago para pasárselo a Nuño.

—No puedo pensar otra cosa cuando vuestro señor pide mi mano.

—Lo cual me lleva a la segunda conclusión. —Nuño no parecía ofendido mientras se mesaba la barba, sino más bien intrigado—. ¿Lo has llamado cobarde, o he entendido mal?

El silencio que se hizo a su alrededor fue tan espeso que no se atrevió a comprobar el resultado de sus palabras. Todavía estaba a tiempo de desdecirse...

Y enterrarse viva sin intentar al menos salvarse.

No sería algo que Dios contemplara en Munia Íñiguez de Montoya.

—He visto de él lo suficiente como para afirmarlo sin temor —declaró, levantando la barbilla con orgullo.

—Hija mía, modérate, te lo ruego —intentó aplacar el abad—. Puedes molestar a estos nobles guerreros, que solo cumplen la voluntad del señor de Laciana y del rey Ordoño.

—¿Y lo hacéis con gusto? —preguntó, con un chispazo de furia en sus ojos negros.

Si fuera sensata no seguiría por el camino de la desobediencia arriesgándose a un castigo severo. Pero no lo era. Y la desesperación podía empujar a las personas al borde del abismo.

Los dos hermanos cruzaron las miradas.

—Hernán es nuestro señor —concluyó Rodrigo, apoyándose en el dintel de la chimenea.

—No se me ocurre desgracia peor que tener que casarme con alguien que es más bestia que hombre.

—Intuyo por tus palabras que la muerte de tu hermano Odón te causó mucho sufrimiento.

—Nos teníamos en gran estima.

Rodrigo y Nuño asintieron a la vez antes de acercarse a ella.

—Te comprendemos —empezó el primero, inclinándose levemente hacia delante—. De hecho, pensábamos aplacar todos tus temores para hacer el viaje más llevadero.

—Pero no compartimos tu punto de vista —añadió el segundo—. Hernán hizo justicia en Saldaña. Vida por vida. Ojo por ojo.

—Diente por diente.

La vida de Odón por la del padre de su prometido y la de Martín, actual conde de Trabada. Ella apretó los labios con disimulo y sepultó la vista en el suelo, con las mejillas ardientes de indignación.

—Os agradezco vuestra franqueza —murmuró—. Vuestro hermano acabó con el mío delante de mis propios ojos y de los de mi madre, aquí presente. Desde entonces sufro de pesadillas que me impiden dormir por las noches; cuando lo consigo, me despierto gritando angustiada. A veces me asalta el llanto sin motivo, y suelo tener largos episodios de melancolía.

Tanto Rodrigo como Nuño parecieron compadecerse del aspecto débil que ofrecía.

Ella ocultó una sonrisa.

—¿Tan afectada estás?

—Yo y mi buen juicio. A veces dudo de tenerlo. Hago cosas que ni yo misma comprendo. Como si una fuerza superior guiara mis actos —respondió—. Decidme, ¿querría el señor de Laciana a una poseída por esposa?

Inés soltó una exclamación, Urrica gruñó disgustada, los dos guerreros fruncieron las cejas y el abad Martino se aproximó a ella blandiendo el dedo índice como si fuera una espada.

—¡No consentiré que hables de esa manera en un lugar sagrado como este! —exclamó, extendiendo ante ella un crucifijo de madera. Munia lo observó sin inmutarse—. El Maligno no tiene entrada en esta casa, don Rodrigo. Sé reconocer las señales de posesión cuando las veo. Y la doncella no padece ninguna, ¡salvo el poco valor que parece dar a su vida con tales afirmaciones!

Todos los presentes se persignaron. Era posible que con su conducta estuviera conjurando la presencia del Diablo, pero por un momento Munia deseó estar retorciéndose en el suelo, levitando entre espumarajos o convulsionándose.

Esa sería una prueba de que realmente estaba poseída. Así la dejarían donde estaba.

Pero cuando Martino le puso el crucifijo prácticamente sobre los labios, no le quedó otro remedio que besarlo para demostrar que ningún desastre sobrenatural se abatiría sobre ellos.

—Ahora mismo mi vida importa poco, abad —respondió, procurando que las lágrimas no la ahogaran—. Sabéis mejor que nadie lo que he padecido entre estos muros.

Rodrigo levantó sus pobladas cejas y la miró.

—No os preocupéis, hermano Martino. Confiamos plenamente en vuestra experiencia —comentó, cruzándose de brazos—. En cuanto a ti, está claro lo que pretendes con tales artimañas.

—Si tan claro está, ya sabréis lo que hacer al respecto.

—Lo que hemos venido a hacer —replicó Rodrigo, sin que su osadía le afectara lo más mínimo—. Tendremos que tomar medidas extremas durante el viaje para que tus males no nos perjudiquen. ¿No crees, Nuño?

—Desde luego, no me gustaría entregar una mujer trastornada a mi hermano. Pero tampoco me gustaría sufrirla en mis propias carnes. Deberíamos maniatarla para asegurarnos.

—O amordazarla para no tener que escuchar sus alaridos. ¿Qué os parece, abad Martino?

El religioso estaba tan descompuesto que el blanco de su cara empezaba a volverse verde. No la ayudaría.

—Desde este momento pasa a vuestra custodia —dictaminó, haciéndose a un lado—. Lo que decidáis estará bien.

—Alguno de nuestros hombres podría confundirla con una alimaña del bosque en mitad de la noche si la oyera gritar —acusó Rodrigo.

—Si eso ocurriera, le cortarían su esbelto cuello antes de preguntar.

—Cosa que disgustaría mucho a Hernán. Como ella bien ha dicho, tendríamos que sufrir las consecuencias.

—No cualquier consecuencia —apuntó Nuño, chascando la lengua—. Vendrían de alguien que... ¿Cómo era? ¡Ah, sí! De alguien que es «más bestia que hombre». Aterrador.

Munia pasó su ceño fruncido de uno a otro con una creciente sospecha.

—¿Os estáis burlando de mí? —insinuó.

Como respuesta, los hermanos se colocaron los yelmos y enfilaron la salida.

¡No habían tenido en cuenta nada de lo que ella había dicho! ¡Ni para bien ni para mal! Podría seguir hablando hasta la próxima primavera, que nunca variarían los planes.

—Debí haberlo supuesto —farfulló, golpeando el suelo con el pie—. Vuestra lealtad es para un bárbaro, no para una doncella indefensa.

—¿Bárbaro, Hernán? Es probable. ¿Tú, doncella indefensa? Lo dudo. —Rodrigo soltó una carcajada tan humillante que no le quedó más remedio que hundir los hombros hasta donde le fue posible—. Eres de sangre caliente y lengua vivaz. Estoy deseando ver cómo se las ingenia Hernán para domarte.

—Calla, te lo ruego. —El susurro del abad impidió que Munia les respondiera—. Has tenido suerte de encontrar en ellos la paciencia personificada. No empeores las cosas.

Pero las cosas estaban tan mal que, una vez en el patio, tanto ella como su madre fueron acomodadas en el carro de las provisiones.

—¿No contamos con monturas propias? —exclamó Munia, señalando el enorme caballo de guerra de Rodrigo sin ningún temor.

—¿Y arriesgarnos a correr detrás de ti en dirección contraria a Laciana? Creo que no —respondió él, alzando una ceja antes de tomar una de las manos de Inés para ayudarla a sentarse, mientras Nuño se apoderaba de la otra al mismo tiempo. La doncella los miró, sonrojándose.

—Damisela, permitidnos —susurraron los dos a la vez, haciendo que aleteara sus pestañas y bajara la cabeza con coquetería.

Munia abrió la boca, incapaz de creer lo que estaba viendo. ¡Esa era una de las cosas que Urrica le había recomendado hacer! Fingir candidez en público y mostrar desenvoltura en privado. Al parecer, a Inés le resultaba mucho más fácil que a ella.

—Traidora —farfulló entre dientes—. Te apartaste de mi lado cuando ellos me acorralaron.

—¡Válgame el cielo, mi señora! ¡Os declarasteis poseída delante de un abad y dos guerreros! ¿Qué queráis que hiciera?

—Ahora estás comprometiendo tu virtud. Solo espero que no sigas haciéndolo cuando estemos solas con ellos.

—Me dejo agasajar, mi señora. Nada más. —Inés sonrió y se alisó las faldas—. No os preocupéis por mí. Sé hacerme valer y respetar.

—Además de provocar —añadió Urrica, lanzando a las muchachas una mirada fulminante—. Esos dos guerreros terminarán matándose para tu diversión.

Inés agachó la cabeza. No la levantó ni siquiera ante la orden tajante de Rodrigo.

—¡En marcha!

Las campanas anunciaron la hora tercia y el inicio de un nuevo rezo que obligó a los monjes a retirarse. El carro, completamente rodeado por los guerreros, inició un chirriante descenso por la ladera hacia la más completa incertidumbre para Munia, que enlazó su mano con la de Inés buscando apoyo.

Atrás dejaba el monasterio que había sido su hogar en los últimos tiempos, junto al hermoso lago. Delante de ella se extendía un horizonte incierto, presidido por unos ojos grises que ataban su voluntad.

Caminaban hacia los dominios del Lobo Gris.

3

Durante el viaje de dos días y una noche, fue objeto de un trato respetuoso y gentil que no impedía una continua vigilancia para evitar imprevistos.

Se comportó como se esperaba de ella, aguardando una mejor ocasión para llevar a cabo lo que le bullía en la cabeza, pero encontró una recompensa dudosa cuando llegaron a su destino.

Aquello que divisaba ya bien entrada la tarde, sin duda alguna, era el valle de Laciana.

Y era espléndido. Un marco incomparable de montañas afiladas en el horizonte, cuyas cumbres blancas indicaban que aún faltaba bastante para la llegada de la primavera. El deshielo se había iniciado en las franjas más llanas, dejando entrever el verde en el que se convertirían los prados cuando las temperaturas fueran más cálidas. El paisaje de contrastes resultaba tan hermoso que Munia se sobresaltó cuando se detuvieron, a una orden de Rodrigo y Nuño.

Se hallaban en medio de una amplia zona de matorral, rodeada por una variedad exquisita de abedules, robles y castaños que aún mostraban sus ramas desnudas. Munia frunció el ceño y se envolvió mejor en su capa, ocultando el cansancio y el miedo.

El hecho de poner los pies en el suelo, ayudada por Nuño, no contribuyó a que su situación mejorara.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigada—. ¿A dónde vamos?

—Allí. ¿Lo oyes? —Sí. Entre los sonidos habituales del bosque se distinguía el claro batir del agua de una cascada. Más confiada, se adelantó con Urrica e Inés. Unos pasos más allá, el terreno se interrumpía abruptamente en un desfiladero, atravesado por un exiguo sendero que descendía hacia la cascada—. Por fin en casa.

«¿En la casa de quién?», estuvo a punto de preguntar. Pero prefirió levantarse el borde de su túnica para no tropezar por el sendero pedregoso. La intención de todos era alcanzar aquella pequeña maravilla que le ofrecía el río Sil. Por muy fría que estuviera el agua, no le vendría mal refrescarse un poco.

Estaba tan concentrada en sortear los obstáculos para no caer rodando que no escuchó la exclamación de Inés hasta que no la repitió.

—¡Mi señora, por favor, retroceded! ¡Ese no es espectáculo para una joven que está a punto de desposarse!

—Si te refieres a los atributos del caballo gris que pasta tranquilamente a la vera del remanso, ya los he visto antes —refunfuñó, apartando la mano de la doncella—. No voy a escandalizarme. Aunque...

La boca se le abrió tanto que la mandíbula estuvo a punto de salirse de su sitio. Munia contuvo la respiración y la mano de Inés a un tiempo, pues supo de inmediato que quería ver aquello que comenzaba a emerger con fuerza y decisión del agua, pese a que su sentido común le aconsejaba darse la vuelta.

—Mi señora, os lo ruego...

No la escuchó. Nadie le tomó la delantera, y la conversación alegre de los hombres se cortó de cuajo. Ninguno sabía cómo atajar lo que parecía inevitable.

Ella estaba absorta en la figura de rasgos indeterminados que irrumpía en la superficie para volver a sumergirse entre la espuma que formaba el agua al caer en el remanso. Intrigada, la siguió con la vista hasta que volvió a salir.

Había visto muchas veces los músculos de su hermano Odón tensos por la fuerza empleada en el manejo de las armas. En una ocasión él dejó que tocara su brazo, diciendo: «Así debía de ser el dios pagano Neptuno, Munia. Fuerte, vigoroso, sin un asomo de grasa. Casi perfecto».

Neptuno.

Aquella fue la primera palabra que le vino a la mente para definir lo que vio. Su tamaño sobrepasaba al de sus acompañantes. No era consciente de que estaba siendo observado, a juzgar por cómo se puso en pie en mitad del remanso. El agua debía de estar helada, pero él no parecía tener frío. Sacudió la melena, de un rubio trigüeño que le llegaba a los hombros, y abrió los brazos hacia el cielo azul claro. Se estiraba con la elegancia de una fiera relajada. Con el movimiento, los músculos se remarcaron en sus anchas espaldas con tanta precisión que ella casi pudo sentirlos bajo los dedos.

Era proporcionada a su tamaño. Derivaba en la estrechez de la cintura y en la firmeza de unas nalgas desnudas que la hicieron perder todo sentido de prudencia.